

No faltaron ilustres impugnadores, sin embargo, al pensamiento dominante en esta obra, que á las lumbreras de la Ciencia les es muy difícil retrotraerse á la edad en que apuntaba su inteligencia, y juzgar desde su altura lo que necesita y conviene al niño que va á la escuela, con sus facultades en embrión. El éxito conseguido por el libro nos excusa, no obstante, de reproducir los argumentos que antes adujimos al darlo á la estampa por primera vez, y que aquí hemos sintetizado brevemente.

Hemos, sí, aprovechado atinadas y benévolas indicaciones relativas á adicionar la obra con algunos fragmentos de *Elocuencia*, toda vez que, en sentido genérico, titulamos *Elocuencia y Poesía castellanas* al presente libro y á añadir otros notables escritores que no figuraron en la primera edición. Estas mejoras las ha llevado á cabo con grande escrupulosidad y experto tino el literato de la Corte D. Pedro María Barrera, por no haberlo podido desempeñar el primitivo compilador y autor de la *Breve reseña de la literatura española* Sr. Vidal y Valenciano, por hallarse éste absorbido en otros importantes trabajos literarios.

EL EDITOR.



BREVE RESEÑA

DE LA

LITERATURA ESPAÑOLA

Es la literatura de nuestra patria una de las más ricas y originales que se conocen, y decimos de las más ricas, porque pocas pueden envanecerse con tan abundante número de cultivadores, de estos, muchísimos de primera nota; y añadimos originales, porque, aun cuando en determinadas épocas ha recibido la influencia de otros pueblos,—como no podía menos de suceder, atendidas las vicisitudes por que ha pasado,—esa influencia, al llegar á nuestro suelo, hase modificado vistiendo, si así podemos decirlo, un traje completamente nacional.

Nacida cuando tocaba á su término el siglo xii, anuncia en sus primeras, sencillísimas cuanto espontáneas manifestaciones, lo

que había de ser andando los tiempos, pues lo mismo en las composiciones cantadas por los juglares ante el pueblo reunido en medio de la plaza ó cabe el atrio de la iglesia, en las cuales ensalzaban las virtudes de sus héroes favoritos, tales como el Cid, el Conde Fernán González y los siete Infantes de Lara, que en las obras de mayor aliento indudablemente, y acaso de valor un tanto más artístico, recitadas por los trovadores ante los magnates congregados en las moradas de los próceres, ó bajo los artesones de enhiesto castillo feudal, puede percibirse, siquiera de un modo rudimentario, aquel sentimiento de dignidad y altivez y aquel espíritu de hidalguía, religiosidad y monarquismo que constituyen el fondo ó carácter distintivo de toda la literatura castellana.

Mas en vano sería buscar en esas primeras muestras de su existencia, composiciones literarias escritas en prosa. Faltaban elementos para ello: la guerra en que de luengos siglos hallábanse ocupados los españoles, era obstáculo para que pudiera consagrarse al estudio de una lengua que precisamente entonces se estaba formando, y esta circunstancia y el ser indispensable para el cultivo de la prosa, mayor juicio que imaginación, in-

fluían y aun determinaban semejante hecho. Gentes indoctas existen, desprovistas de todo elemento de cultura, ó que, teniéndolo serían incapaces de escribir una carta, y que sin embargo improvisan cantares tan perfectos y acabados, cual puede imaginarse el más cumplido poeta.

Así se explica que, encontrándose en este primer momento verdaderas manifestaciones, siquiera rudimentarias, de los géneros poético, lírico, épico y aun dramático, quede reducido el empleo de la informe prosa á la redacción de instrumentos y escrituras públicas, debiendo avanzar hasta mediados del siglo XII para encontrar verdaderas obras literarias escritas en la forma indicada.

Mas ya en este punto, no puede menos que causar verdadera admiración el espectáculo ofrecido por los monumentos del tiempo, toda vez que sin precedentes, sin haber pasado por un período de infancia, manifiéstasen de repente la prosa en la plenitud de su ser, llena de vida, de fuerza, de virilidad y apta para el empleo de todos los géneros y á propósito para la expresión de todos los sentimientos. Díganlo sino las obras inspiradas

por el sabio Rey D. Alfonso X, tales como *Las Siete Partidas*, *El Espéculo* y *Fuero Real*, tratados jurídicos y compilaciones legales del más alto precio, y las científicas, morales y de grata recreación, que se escribieron durante su reinado y el de su hijo Sancho el Bravo; las debidas á la pluma del nieto de San Fernando, el príncipe D. Juan Manuel; las consagradas á la narración de los hechos que constituyen la Historia patria, y aun la universal, pues no otro fin se propone la *Grande et General Estoria*, escrita también en el reinado de Alfonso X; y, por último, las numerosas colecciones de cuentos y apólogos, que, inspirados y aun atraídos de las antiguas literaturas orientales por el intermedio de los judíos y de los árabes establecidos en nuestra Península, tenían por objeto inculcar toda clase de enseñanzas, por manera grata y provechosa á un pueblo ignorante, que, habiendo hecho hasta entonces ocupación exclusiva del arte de la guerra, debía hallarse preparado y dispuesto para el momento en que, realizándose la restauración de las artes y de las letras de la antigüedad clásica, pudiera sembrarse la semilla, sin temor de que se esterilizara por caer en terreno completamente inculto.

Y este espectáculo que presenciarnos en Castilla, podemos contemplarlo igualmente en Cataluña, donde reyes tan ilustres como Jaime I el Conquistador y Pedro IV el Ceremonioso, escribiendo sus propias historias, dan ejemplo para que redacten sus famosas "Crónicas," Desclot y Muntaner; así como el primero de aquéllos, con su *Libre de la Sabiesa*, pudo trazar el camino seguido más adelante por el mallorquín Ramón Llull, que, echando mano de la forma simbólica para su *Libre del Orden de Cavaylerie*, sirvió de modelo al antes citado D. Juan Manuel, para el que compuso con el título de *Libro del Escudero y del Çaballero*.

No hay para qué decir que no permanecían la musas ociosas entre tanto. Lo mismo en el centro de la Península que en sus dos regiones oriental y occidental, los cantores populares castellanos y los juglares moriscos, los trovadores de Provenza y Cataluña, y los Gallego-Portúgueses, dedicábanse con empeño al cultivo de la poesía lírica, que, convirtiéndose en ocasiones en didáctica, al par retrataba las costumbres, los usos y las tradiciones del pueblo cristiano, y traducía las influencias en el mismo ejercidas por los que, procedentes de otras regiones,

con él moraban confundidos en íntimo contacto.

Al propio tiempo el clero, más ilustrado que la generalidad de las gentes, y menos que antes obligado á vivir fuera de su trato y comunicación, apartándose de la manera ruda y vulgar de los juglares y demás cantores callejeros, lo mismo que de la atildada y artificiosa de los trovadores que recorrían las diferentes cortes del mediodía de Europa, daba vida á una nueva manifestación, mucho más literaria, más artística por lo tanto, y que, con todo esto, no perdiendo de vista el estado social del pueblo al cual iba dirigida, ponía á su alcance trabajos de verdadero aliento, en los cuales se trataban, en sendos poetas, asuntos religiosos, como la *Vida de San Millán* y la de *Santo Domingo de la Calzada*; novelescos, como el de *Apolonio*; heróicos, como el de *Alejandro*; histórico-caballerescos, como el del *Conde de Castilla Fernán González*, escrito por un monje de Arlanza, y otros y otros, sin olvidar los alegórico-burlescos, debidos al malicioso y travieso Arcipreste de Hita.

Y por lo que al género dramático dice relación, si bien no se conserva monumento alguno de aquel tiempo, no cabe dudar que lo

mismo en Castilla que en Cataluña, continuaban representándose en determinadas festividades, en el interior del templo, los *misterios*, y en la plaza pública las *farsas* y *momos*, ó *juegos á escarnio*, elementos embrionarios aún, pero dotados de gran fuerza y robustez, que más tarde, cuando llegue á su mayor grado de esplendor, nos encontraremos en el fondo del riquísimo teatro español.

Entre tanto ibanse desarrollando los diferentes medios que habían de constituir un día la poderosa monarquía española: reducido de cada vez más el terreno sobre el cual dominaban los árabes; menos frecuentes las luchas entre uno y otro pueblo, las artes de la paz crecían al compás del orden y bienestar que en ellos se disfrutaba. En el período en que entramos, ya no es exclusivamente la gente de iglesia la que hace profesión del estudio literario: los más encumbrados magnates, cuantos pretenden captarse las simpatías de las clases elevadas, siquiera deriven de humilde extracción, esfuérganse en imitar á los que juzgan más acabados modelos, ora procedan de la antigüedad clásica, griega ó latina, ora deban acudir para la realización de

sus propósitos á las literaturas provenzal, francesa é italiana.

Tan cierto es esto, que los mismos cultivadores de la poesía lírica popular no son ya los cantores callejeros, juglares, ciegos, escolares, que en los períodos precedentes hemos visto, sino verdaderos trovadores, es decir, poetas cortesanos, que sin olvidar las reglas del arte, prestan mayor ó menor tributo á las exigencias de la musa popular. Entre tanto, imitándose en Barcelona á fines del siglo xiv, lo que á principios del mismo se hiciera en Tolosa, donde se trató de restaurar la poesía provenzal, fundase el *Consistori del Gay Saber*, en el cual brillaron trovadores tan eminentes como Rocaberti, Jordi de Sant Jordi, Ausias March, Fogassot, Jaime Roig, etcétera, que, constituyendo en Castilla la *gaya sciencia*, dió vida á la corte literaria de Juan II, en la cual, al lado del monarca, poeta él mismo, como su favorito D. Alvaro de Luna, brillaron, entre otros, el renombrado canciller Pedro López de Ayala, autor de *El Rimado de Palacio*; Francisco Imperial; uno de los que más se distinguieron en la imitación de la alegoría dantesca; D. Enrique de Aragón, Marqués de Villena, presidente del Consistorio de Barcelona en tiempo de don

Martín, y autor de diferentes obras y tratados que le valieron la fama de hechicero, que le ha conservado la tradición; el Marqués de Santillana, autor de muchos sonetos, canciones, serranillas y decires; Juan de Mena, el más famoso y notable y el que emprendió una obra de mayor prez, *El Laverintho*, en la cual domina también el elemento dantesco, y entre otros muchos, que sería prolijo enumerar, Jorge Manrique, el autor de aquellas sabidas *Coplas á la muerte de su padre*, en las cuales encontramos tantos pensamientos y verdades tan profundas como versos contienen.

Esto por lo que al género lírico se refiere; pues por lo que con el épico dice relación, no sólo no permaneció olvidado, sino que tomó notables creces, pues si bien no había llegado el momento de que las clases ilustradas le prestaran especial atención, las populares, que no podían olvidar las empresas y altos hechos llevados á felice cima por sus héroes favoritos, que en otro lugar dejamos citados, hechos y empresas que la distancia abultaba y embellecía la tradición, prestándoles gratísimo y apropiado ornamento; continuaron en la tarea de componer romances, con la circunstancia de que no satisfechos con cantar

los asuntos que sirvieron de tema á los autores de los cantares de gesta ó primitivos poemas, tomaron como tema para sus composiciones los que se referían á los hechos de la guerra de Granada, y hasta los pertenecientes á la historia de Francia, en lo que se refiere á Carlomagno y á los Doce Pares.

En cuanto al dramático, da en este período un gran paso hacia su perfección, pues los poetas eruditos dan la pauta de lo que en su concepto debe ser la poesía destinada á la representación, vertiendo á nuestra lengua composiciones pertenecientes á las literaturas antiguas, y escribiendo otras originales á imitación de éstas, y al par otros, como Juan de la Encina y Lucas Fernández, siguiendo los impulsos de la propia inspiración, perfeccionan por medio de sus *pasos*, *églogas* y *entremeses*, la obra iniciada por Fernando de Rojas y Rodrigo de Cota, en sus obras dialogadas, bien que desnudas de todo otro requisito dramático; pero no de vis cómica y epigramática intención.

No son menos notables los progresos que realiza la prosa, pues sobre ensanchar el campo de su acción, en términos de poder distinguir tratados religiosos, y aun, en Cataluña, algún ejemplar de elocuencia política, ade-

más de los géneros didáctico y epistolar, que ya en período anterior, con el histórico y novelesco se habían cultivado, lleva los últimos á tal grado de perfección, que pueden citarse como acabados modelos las obras que en tal sentido produjera.

Y no se contentan ya sus cultivadores con imitarse y aun copiarse. Ya que no nuevos géneros, introducen mayor variedad y notorias novedades en el mismo. A la historia universal y general, suceden las compilaciones históricas, las Crónicas reales, distinguiéndose entre los cronistas el ya citado canciller López de Ayala; las Crónicas de sucesos particulares y viajes; y los Retratos históricos, pudiendo citarse, entre los escritores de esa época, el alférez Gutiérrez Díaz de Gámez, Fernán Pérez de Guzmán y Hernando del Pulgar, que escribió la obra titulada *Claros Varones de Castilla*, y en el reino de Aragón el Príncipe de Viana, que escribió una historia de Navarra, Turrell, Tumich y Carbonell.

También se escribieron vidas de Santos, lo mismo en lengua castellana que en la catalana.

Iguales novedades encontramos en la Novela, que limitada hasta entonces á las ma-

nifestaciones que dejamos consignadas, toma en este período mayor vuelo y desarrollo, ya que además de la que reconoce su origen en las literaturas orientales, y de la que á justo título merece el nombre de novela sentimental, encontramos las dos especies más genuinamente españolas, ó que por lo menos mayor favor obtuvieron y más boga en lo sucesivo alcanzaron. Nos referimos á la novela caballeresca, más comunmente conocida bajo el nombre de "Libros de Caballerías", de la cual es tronco y origen en España el *Amadís de Gaula*, debido al portugués Vasco de Lobeira, perteneciendo á la propia clase el *Tirant lo Blanch*, del valenciano Johanot Martorell, y la novela picaresca, que, presentándose en germen en la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, obra debida al ya citado Fernando de Rojas, la veremos en el siguiente período ofreciéndonos modelos acabadísimos debidos á escritores de primer orden.

Nos encontramos al llegar á este punto en el período de mayor esplendor, no sólo para las letras patrias, sino también el de más importancia desde el punto de vista de la grandeza é influencia políticas de España. Los

Reyes Católicos, después de haber realizado por medio de su enlace la unidad de la monarquía, fundiendo en uno los reinos de Castilla y Aragón; clavando en las almenas de la Alhambra el estandarte de la Cruz, ponen término á la lucha iniciada ocho siglos antes en los montes de Asturias y en los riscos Pirenaicos: Colón engrandece los dominios españoles descubriendo un mundo al otro lado de los mares, y cual si esto no bastara aún, empuña al cabo de breve tiempo los cetros de San Fernando y de Jaime el Conquistador, el mismo cuyas sienes ciñe la corona del Imperio germánico.

La poesía, que tan notable desarrollo había alcanzado en los últimos reinados del período precedente, encuentra en el verso endecasílabo, traído á la literatura española, de la italiana, por el barcelonés Juan Boscán, un elemento poderosísimo para la expresión de todos los afectos, y no transcurre mucho tiempo antes de que el tierno Garcilaso de la Vega, el divino Fernando de Herrera, el dulce Maestro Fray Luis de León, y Francisco de la Torre, y los hermanos Argensola, y Lope de Vega, y Góngora, y Quevedo y Villegas, y Rioja, y otros muchos, cuya mera enumeración constituiría empeño más que

arduo, mostraron en sus églogas, sonetos, canciones, odas, elegías, endechas, sátiras, epístolas, y demás formas y especies, variedades y combinaciones propias del género, todas las bellezas del fondo y forma, todas las galas, todo el atractivo que en obras tales puede exigirse.

Y lo que con la lírica, acontecía al propio tiempo con la épica. Limitada ésta á las manifestaciones que en los períodos precedentes dejamos consignadas, sin abandonar el cultivo de la épica nacional en los romances históricos, caballerescos, moriscos, etc., etc., comprende la composición de poemas literarios, para los cuales toma como modelos los debidos á las plumas de los italianos Tasso y Ariosto (*La Jerusalén Libertada: El Orlando Furioso*). Y si bien en este género no llega á la perfección que en otros, tal vez porque se oponía á ello la carencia de grandeza en los asuntos que les servían de sujeto, las relevantes cualidades y algunos trozos de gran mérito que se encuentran en la *Araucana* de D. Alonso de Ercilla; el *Bernardo del Carpio* de Bernardo de Balbuena, y la *Cristiada* de Fray Diego de Ojeda, revelan la disposición que tenían para el mismo los poetas españoles, demostrándolo también el número ver-

daderamente prodigioso de los que al mismo se consagraron, entre los cuales merecen especial mención Lope de Vega, Juan de la Cueva, y el autor de *Monserate*, el valenciano Virués.

Pero donde con más vivos y refulgentes destellos brilla el ingenio español, es en el género dramático. Las muestras que del mismo se vieran en los precedentes períodos, claro daban á entender lo que de él podía esperarse en cuanto se fundieran y amalgamaran los elementos que, dispersos hasta entonces, debían presentarlo con carácter propio y completamente nacional. Las tendencias, las aspiraciones, las preocupaciones, los sentimientos, hasta los errores que constituían el patrimonio de las diferentes clases sociales de aquella época, debían hallarse unidas en las obras destinadas á la representación, para que en ellas encontrase, ya que no enseñanza provechosa, solaz, y agradable entretenimiento. Mas para realizarlo era menester un verdadero genio. Este se encontró en Lope de Vega, con justa razón llamado por sus contemporáneos *Fénix de los Ingenios*, y por Cervantes, *Mónstruo de la naturaleza*, el cual, apoderándose de cuantos recursos le ofrecían la historia, la tradición, las

artes, las costumbres; en suma, todo cuanto siendo español, antes de él había existido y en su tiempo existía, en prodigiosa, en inagotable abundancia, dando á la escena los dramas á centenares, pudo erigirse en verdadero creador ó padre del teatro nacional.

Mas esta misma abundancia, esa asombrosa facilidad, había de ser parte no pequeña para que en tales obras se echara de menos, con contadas excepciones, las dotes que constituyen la apetecible perfección. Los que más de cerca le siguieron é imitaron, entre los cuales bien merecen especial mención Guillén de Castro, Pérez de Montalván, Vélez de Guevara y otros, deslumbrados por sus fulgidos resplandores, no acertaron á distinguir aquellos defectos: viéronlos por fortuna un P. Gabriel Téllez, más conocido con el pseudónimo de Tirso de Molina; un Juan Ruiz de Alarcón, un Agustín Moreto y un Francisco de Rojas Zorrilla, contemporáneos de Lope los dos primeros, los últimos del inmortal Calderón; y Téllez, dando pruebas manifiestas de mayor tacto dramático; de más fuerza cómica, de estilo más perfecto; Ruiz de Alarcón dando mayor regularidad á los planes, más belleza al estilo, á los sentimientos mayor caballeridad, más profundidad é intención

moral á los asuntos; compensando Moreto la falta de originalidad con lo arreglado de los planes y la viveza y discreción en el lenguaje, y distinguiéndose Rojas por la destreza y habilidad en la exposición y desarrollo; así de las situaciones trágicas como de las cómicas, levantaron y embellecieron el edificio cuyos cimientos echara Lope, y al cual debía poner digno remate y coronamiento el felice ingenio de D. Pedro Calderón, el autor inimitable de *La vida es sueño*; *A secreto agravio secreta venganza*; *Casa con dos puertas mala es de guardar*, y tantas otras como brotaron de su mente, como pocas fecunda, y que sólo tiene igual en los *Autos sacramentales*, debidos á la pluma del propio autor.

Porque los dramáticos de la época que reseñamos no se satisfacían con presentar los asuntos de determinada manera: mezquino y reducido el cuadro que otra literatura podía presentarles, acudieron á la historia patria y á la extranjera, á lo antiguo y á lo moderno, á lo serio y á lo risible, á lo verdadero y á lo fabuloso, á la alegoría y al simbolismo, á lo religioso y á lo profano, al Olimpo pagano y al Cielo del Cristianismo, y, fundiéndolo todo en el crisol del espíritu patrio, y, vistiéndolo todo con el ropaje nacional, dieron

vida y cuerpo á aquel sér que fué, es y será motivo de orgullo para los propios, causa de admiración y estupor para los extraños.

Y, sin embargo, esa misma robustez, esa, vida, la fuerza y esplendor á que hace poco aludíamos, ese brillo, esa pompa, esa viveza esa discreción que en el lenguaje, en el estilo, en los pensamientos y en los conceptos, constituían sus galas más preciadas, exagerándose de mala manera por quien carecía de otras indispensables condiciones, habían de influir en su rápido descenso y completa ruina. Tanto es así, que, presentándose ya en las obras de Calderón y sus contemporáneos los primeros síntomas de tales vicios, no transcurre mucho tiempo antes de que se tornen en completa extravagancia, que en el período próximo han de determinar la muerte, ó por lo menos el descrédito del teatro nacional.

Si tan altos medros alcanzó la poesía, no fueron menores los que obtuvo la prosa, en términos que á las obras de tal suerte escritas deberá en todo tiempo acudir quien pretenda manejar debidamente la fluída, dulce y sonora lengua castellana. Preocupación infundada había sido hasta entonces la de que sólo los idiomas empleados en la antigüedad

clásica reunían las necesarias condiciones para tratar asuntos graves, sin que bastara á destruir tamaño error el ejemplo que dieron Alfonso X y sus contemporáneos é inmediatos sucesores. Afortunadamente, el procedimiento seguido por otros pueblos, en especial el italiano, que tanta influencia había ejercido ya en nuestras obras poéticas, venció cuantos escrúpulos existían, y los que, como Francisco de Villalobos, Juan López de Palacios Rubios, Fernán Pérez de Oliva, Fray D. Antonio de Guevara, Pedro de Roca, y otros que fiorecieron en el reinado de Carlos V, dejaron expedito el terreno á los ascéticos, didácticos, historiadores y novelistas que fueronpreciado ornamento de los reinados de los tres Felipes.

Hallamos entre los primeros al venerable Juan de Avila, llamado el Apóstol de Andalucía, en cierto modo creador del lenguaje místico castellano; á su amigo y discípulo Fray Luis de Granada, príncipe de la elocuencia sagrada española; al inspirado y dulcísimo Fray Luis de León; á la santa fundadora Teresa de Jesús, una de las glorias más grandes y legítimas de nuestra nación; á San Juan de la Cruz, llamado el doctor extático, cuyas obras se distinguen por su

estilo especial lleno de misterio, de fuego y de sublimidad; girando en torno de los nombrados, que pudiéramos considerar estrellas de primera magnitud, un Fray Diego de Estella, el P. Pedro Malón de Chaide, el P. Luis de la Puente, y cien más, cuyas obras, menos estudiadas de lo que convienen, revelan que al lado de los poetas que en alas de su imaginación se elevaban hasta las más encumbradas regiones, existían teólogos, filósofos y moralistas que así esclarecían las verdades de la fé, como indicaban el procedimiento que reyes y pueblos debían seguir para merecer el nombre de políticos cristianos.

Como prueba de lo dicho, basta con citar los nombres de Antonio Pérez, secretario y privado de Felipe II, cuya gracia perdió más adelante; D. Francisco de Quevedo, más conocido por sus obras festivas que por las ascéticas, políticas y morales que brotaron en copiosa abundancia de su fecunda pluma; don Diego de Saavedra Fajardo, Juan de Zabaleta, Gracián y otros muchos de mayor importancia relativa, pero cuyos nombres serían citados con orgullo donde no pudieran envanecerse con los que dejamos apuntados.

Entre los historiadores, además de los que escribieron Crónicas y Anales, como Florián

de Ocampo, Ambrosio de Morales, Jerónimo Zurita y Esteban de Garibay, deben citarse el P. Juan de Mariana, cuya *Historia de España* fué la única que de la nación española poseímos hasta nuestro tiempo; D. Diego Hurtado de Mendoza, que historió las *Guererras Civiles de Granada*; D. Francisco de Moncada, autor de la *Expedición de Catalanes y Aragoneses*; D. Francisco Manuel de Melo, que escribió sobre los *Movimientos, separación y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV*; Bartolomé Leonardo de Argensola; D. Antonio Solís y otros muchos que fueron cronistas de los grandes hechos de armas, conquistas y descubrimientos, á que dieron cumplido remate los primeros monarcas de la dinastía austriaca, ó se dedicaron á reseñar las vidas de los ejemplarísimos varones que ilustraron las órdenes monásticas y religiosas, establecidas en nuestra península, ó á escribir minuciosas historias de estas mismas órdenes. Por último, en ese ramo de literatura que podemos juzgar el más popular de todos, por lo mismo que tiene por fin especial el solaz y esparcimiento, lo mismo de los que viven en aristocráticos salones, que en humilde morada, en la novela, encontramos diferentes especies, desde el libro de

caballerías y la novela de aventuras, de las cuales hemos visto muestra en los períodos precedentes, hasta la novela dialogada, la pastoril y la pícarasca, que es de todas la más genuinamente española, y en el cultivo de la cual se distinguieron ingenios tan singulares, como el de los ya citados Hurtado de Mendoza y Quevedo, en sus *Lazarillo de Tormes* y *El gran Tacaño*, Mateo Alemán, Mateo Luján, Vélez de Guevara, etcétera, etc.

Todos estos géneros cultivó y en todos ellos dió muestra de su ingenio privilegiadísimo el autor de *Don Quijote de la Mancha*, y de *Persiles y Segismunda*, y de la *Galatea*, y de las *Novelas ejemplares*, el regocijo de las musas, el manco sano, el incomparable Miguel de Cervantes Saavedra, cuyo solo nombre, aun cuando no tuviéramos tantos otros de tan subidos quilates, bastaría para hacer la gloria y el orgullo de una nación tan grande como lo fué la española durante los siglos XVI y XVII.

Mas lo hemos dicho ya: al tocar éste á su término, dejábanse sentir los primeros síntomas de una próxima decadencia. Los acontecimientos políticos que resultaron del falle-

cimiento de Carlos II sin sucesión directa y que dieron lugar á que á la dinastía austriaca sucediera en nuestro suelo la borbónica, con el predominio que ejerció en Europa el monarca francés Luis XIV, de quien era nieto el primer soberano que de aquella nación se sentó en el trono de San Fernando, lejos de favorecer la restauración del sentimiento nacional, determinaron la introducción del gusto francés.

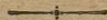
Poetas y prosistas ilustres trabajaron con ahinco en sostener los fueros de la literatura patria, realizándose un como pasajero renacimiento en el reinado de Carlos III, durante el cual brilla una verdadera pléyada de escritores distinguidísimos, que trazan á sus inmediatos sucesores el camino que deben seguir. El ejemplo dado por los mismos tiene cada vez más numerosos y concienzudos imitadores, influyendo no poco en la nueva dirección que toman los trabajos literarios desde principios del presente siglo, y durante el reinado de Fernando VII, los acontecimientos políticos que entonces se realizaron y tan largas consecuencias han tenido, y posteriormente, pero sobre todo desde la cuarta década, el estudio de nuestra poesía antigua nacional, con la de las

extranjerías, en particular la francesa y la alemana.

De este periodo no citamos nombres, puesto que los trozos y fragmentos que constituyen esta colección, pertenecen todos á autores que brillaron ó están brillando en el mismo.



PROSA



LA ELOCUCIÓN

Si el más perfecto orador que la humanidad ha concebido tuvo que vencer los obstáculos que la naturaleza le oponía, y lo logró por la constancia de sus esfuerzos, ¿por qué no han de seguir el mismo camino todos los que quieran serlo? Profundizando algún tanto en este punto; descartando el vulgar error de los que creen que el orador nace; viendo la imposibilidad de que se forme, por decirlo así, artificialmente por la observancia de ciertas reglas, contemplando la naturaleza del hombre, el único entre todos los seres vivientes á quien Dios concedió el misterioso don de la palabra, y con ella, en eterna armonía, la expresión casi divina de su rostro, si no lo desfiguran instintos brutales ó malas pasiones; viendo